

fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens: Hic calix novum testamentum est in meo sanguine. Hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indignè, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat et bibit indignè, iudicium sibi manducat et bibit, non dijudicans corpus Domini. Idè inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi. Quòd si nosmetipsos dijudicemus, non utique iudicemur. Dum iudicamur autem, à Domino corripi-mur, ut non cum hoc mundo damnemur.

«En las juntas de los primeros cristianos despues de la lectura de los libros santos y de la oracion, se ofrecia el divino sacrifi-

Señor, lo que tambien os he enseñado, esto es, que el Señor Jesus en la misma noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de cenar, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre; cuantas veces bebiereis de él, hacedlo en memoria de mí. Porque cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga; y así cualquiera que comiere de este pan ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Examínese, pues, á fondo el hombre á sí mismo, y despues de hacerlo así coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, por no distinguir el cuerpo del Señor: por eso hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y mueren muchos. Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, sin duda no seremos juzgados; pues al mismo tiempo que de este modo nos juzgamos, nos corrige el Señor para que no seamos condenados con el mundo.

cio y todo el mundo comulgaba: en seguida se hacia en comun la comida de caridad que los griegos llamaban *Agapes*. S. Agustin ha creido que *Cena del Señor* en este pasaje, significa la cena Eucarística tomada en rigor.»

REFLEXIONES.

Por esto hay muchos debiles y enfermos, y mueren muchos. No hay, en efecto, cosa mas admirable que el ver tantos enfermos espirituales, y aun muertos, entre los que tienen la dicha de comulgar á menudo. ¡Qué de gentes se alimentan del cuerpo y de la sangre adorable de Jesucristo! ¿Hubo jamás un alimento mas saludable, ni un remedio mas eficaz para todo género de males? ¿donde están las curaciones? Aquí está el pan de los fuertes: ¿dónde están las almas generosas, terror de los enemigos de su salud; aquellas almas que cuentan el número de sus victorias por el de sus combates? ¿Donde están las almas abrasadas en los ardores divinos que debe producir necesariamente la vianda celestial con que se alimentan? ¡Qué paradoja tan estraña! Llévase el fuego en el seno, y no se sienten los ardores; y alimentándose con este fuego divino aun se permanece todo hielo. Toca solamente con su mano Jesucristo á un enfermo y le cura; la mujer que habia tocado la fimbria de su vestidura recobra inmediatamente la salud; no me sorprende; me sorprenderia mucho mas si este solo contacto no hubiese obrado al punto el milagro. En efecto, ¿qué asombro, qué sorpresa no hubiera causado si cuando el Hijo de Dios tocó solamente el féretro donde estaba el jóven muerto que llevaban á enterrar, no hubiese resucitado el muerto, y si la mujer que habia tocado la fimbria de su vestido no hubiese sido curada? y ¿hay menos motivo para admirarnos al ver que la mayor parte de los que se acercan con frecuencia á nuestros sagrados misterios, que tantos sacerdotes que todos los dias tienen esta divina víctima en sus manos, y que se alimentan con ella, sean siempre los mismos, esto es, siempre imperfectos, siempre tan enfermos espiritualmente, siempre tan indevotos, tan groseramente imperfectos, puede ser tambien tan viciosos, y no pocas veces, aun mas indignos cada dia de acercarse al altar y á la sagrada mesa? No es la fimbria del vestido del Salvador lo que ahora tenemos la dicha de tocar, es el cuerpo y la sangre de Jesucristo lo que tenemos entre las manos, lo que se recibe, lo que se come; ¿y permanecemos tan lánguidos, tan enfermos, cada dia mas indevotos, mas irreligiosos, como si jamás le hubiésemos tocado?

¿Comprendemos esta paradoja? ¿qué pasión hemos vencido después de tantas comuniones? ¿qué vicio hemos corregido? ¿qué virtud hemos adquirido? Una sola comunión puede ser bastante para hacer un santo; nosotros podemos contar un número considerable de ellas, y somos tan coléricos, tan ambiciosos, tan avaros, tan murmuradores, tan indevotos; acaso mas perversos que lo que éramos antes que hubiésemos tenido la fortuna de recibir este divino alimento. Esta reflexión debe espantar á todo aquel que tenga religión; y por desgracia hay demasiado fundamento para hacerla. En efecto, ¿qué puede sernos saludable si el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo no nos sirven ya de nada? ¿qué otro remedio podrá sernos eficaz, si este es inútil? ¡Buen Dios! ¡qué pasmo para un sacerdote poco devoto, para una persona religiosa poco regular, cuando llegue un día en que manifestándose esta terrible verdad á través de todas sus imperfecciones, se mostrarse con todas sus consecuencias! No se piensa en una verdad tan espantosa; ¿y en qué es en lo que se piensa? la inapetencia que tenemos de este divino alimento ¿indica mucha salud? y la languidez, la flaqueza y las enfermedades acompañadas de tantas recaídas, después de tantas comuniones, ¿no nos presagian una muerte próxima? ¿y estamos tranquilos? ¿y no pensamos en ello? ¿quién nos asegura? valdria, pues, mas alejarse del altar y de la comunión si ella debe sernos tan dañosa. Miserable raciocinio, error grosero. Se trata de dejar, ó los vicios, los hábitos criminales, los defectos, las imperfecciones ó el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo, y se concluye que vale mas alejarse de Jesucristo, que dejar los malos hábitos y la indevoción. Meditemos bien no solo la impiedad, sino tambien el ridículo de tan sacrilega preferencia.

El Evangelio de la misa es tomado del de S. Juan, en el capítulo 15.

Ante diem festum Paschæ, sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Et cæna facta, cum diabolus jam misisset in cor, ut traderet eum Judas Simonis Iscariotæ: sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesus que habia llegado su tiempo para pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y después de la cena, habiendo el demonio inspirado á Judas, hijo de Simon Iscarioté, que le entregase, sa-

à Deo exivit, et ad Deum vadit: surgit à cæna, et ponit vestimenta sua: et cum accepisset linteam, præcinxit se. Deinde mittit aquam in pelvim, et capit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat præcinctus. Venit ergo ad Simonem Petrum. Et dicit ei Petrus: Domine, tu mihi lavas pedes? Respondit Jesus, et dixit ei: Quid ego facio, tu nescis modò, scies autem postea. Dicit ei Petrus: Non lavabis mihi pedes in æternum. Respondit ei Jesus: Si non laverò te, non habebis partem mecum. Dicit ei Simon Petrus: Domine, non tantum pedes meos, sed et manus, et caput. Dicit ei Jesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes. Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes. Postquam ergo lavit pedes eorum, et accepit vestimenta sua; cum recubuisset iterum, dixit eis: Scitis quid fecerim vobis? Vos vocatis me, Magister et Domine: et benedicitis: sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

biendo que su Padre lo habia puesto todo en sus manos, que habia venido de Dios, y que volvía á Dios, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos, y tomó un lienzo con que se ceñó. Después puso agua en una palancana, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Llegó, pues, á Simon Pedro, pero Pedro le dijo: ¿Tú, Señor, me lavas á mí los pies? Respondióle Jesus, y le dijo: Lo que yo hago no lo comprendes tú ahora; pero lo comprenderás después: No permitiré, Señor, jamás, le dijo Pedro, que me laveis los pies. Si no te lavo, le repuso Jesus, no tendrás parte conmigo. Entonces Simon Pedro le dijo: Señor, lavadme, no solo los pies, sino tambien las manos y la cabeza. Dijole Jesus: El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse mas que los pies, porque con esto queda enteramente limpio; así que vosotros estais limpios, aunque no todos. Sabia bien quien era el que debia entregarle, y por esto dijo: No todos estais limpios. Luego, pues, que les hubo lavado los pies, y volvió á tomar sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? (Cuando me hablais) me llamis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo siendo Señor y Maestro, os he lavado los pies,

tambien vosotros debeis lavaros los pies los unos á los otros. Porque os he dado ejemplo, á fin de que vosotros hagais lo mismo que yo he hecho con vosotros.

MEDITACION.

Sobre la institucion del Santisimo Sacramento.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en todos los misterios aparece el amor inmenso que Dios nos ha tenido; pero puede decirse que la institucion del Santisimo Sacramento es el milagro y la obra maestra de su amor, y como el compendio de todos los demás misterios; sea que se considere el motivo que Jesucristo ha tenido para instituir el Santisimo Sacramento; sea que se atienda á todas las circunstancias que concurren en esta institucion, todo nos manifiesta un amor incomprensible, todo nos da á conocer el exceso increíble de su amor. Este amor apareció excesivo en el misterio de la Encarnacion, en el cual el Verbo se unió hipostáticamente á la naturaleza humana; en la Eucaristia el mismo Verbo que se ha unido á la humanidad santa, se une verdadera y realmente á cada hombre en particular. Apareció inefable este amor en su nacimiento en un establo; ¿qué cuna para un niño que es Dios! en la Eucaristia este hombre-Dios se abate, se anonada bajo las especies de pan y de vino, en un espacio cuasi indivisible, y todo esto para satisfacer al amor inmenso que nos tiene. Su vida pobre, humillada, oscura por espacio de treinta años, es un misterio admirable; pero ¿qué misterio mas admirable que Jesucristo sobre nuestros altares, hasta el fin de los siglos en el estado mas humillado, el mas oscuro que pudo imaginar jamás hombre alguno? Piérdese y se confunde el entendimiento en la escena trágica de la pasion del Salvador; su muerte es un misterio verdaderamente incomprensible; ¿puede un Dios omnipotente dar una señal mas maravillosa de su amor á nosotros? Pues porque no puede al parecer dar una señal mas grande de su amor á nosotros, quiere que este prodigio que no se ha obrado mas que una vez sobre el Calvario, se perpetue sobre nuestros altares en la adorable Eucaristia, y todo esto por satisfacer el amor extremo que nos tiene. Pero ¿cual es el motivo, y cual el fin de la institucion de este misterio? El motivo es satisfacer el deseo inmenso é incomprensible que tiene de darse á sí mismo

todo á nosotros, y de la manera mas íntima. Diríase que tiene en nada todos los bienes que nos ha dado, todos los beneficios de que nos ha colmado, si no se diese todavía á sí mismo; y lo hace haciéndose nuestro alimento; y nos hacemos en verdad muy ricos, puesto que, como dice S. Agustin, Dios se hace una posesion nuestra. Verdad es que el fiel posee á Jesucristo por la fe, en el idioma de S. Pablo; pero esta no es mas que una posesion de conocimiento, y de un conocimiento muy oscuro. El justo le posee por la caridad; pero es una posesion que se hace por la conformidad de las voluntades, y no por la union de las sustancias. Mas en la comunión poseemos á Jesucristo por una posesion muy íntima, muy verdadera, muy real; le poseemos con un dominio tan absoluto, que no podríamos poseerle mas absolutamente. Jesucristo en la Eucaristia es nuestro propio haber; es al mismo tiempo nuestro pastor y nuestro alimento, nuestro médico y nuestro remedio, nuestra guia, nuestro viático, nuestro Redentor, y el precio de nuestro rescate. El fin que se propone es que seamos todos suyos, que no amemos mas que á él, que en él hallemos nuestro consuelo en las adversidades, nuestra fortaleza en las mayores tentaciones, nuestro valor en los combates con el enemigo de nuestra salud, nuestra patria en este lugar de destierro, nuestro camino en el viaje que hacemos, y la verdad que debemos escuchar y que debemos seguir. David llama á este divino alimento, el compendio de las maravillas del Señor; S. Agustin, el término de la omnipotencia de Dios; santo Tomás, el mayor de todos los milagros, y la reunion de todas las maravillas. Dios solo que las hace, puede comprenderlas, nosotros no podemos mas que admirarlas, y amar al que las hace.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay cosa que así ofrezca una alta idea del exceso del amor que hace obrar á Jesucristo todos estos milagros en la institucion de la Eucaristia, que la circunstancia en que los hace la víspera de su pasion y de su muerte. Hace propiamente aquí su testamento, por el cual nos deja en herencia su cuerpo; su sangre, su alma, su divinidad, se deja todo á sí mismo; si hubiese tenido alguna cosa mejor y mas preciosa, tambien nos la hubiera dado. Nos da este don inestimable algunas horas antes de su muerte, esto es, teniendo presentes en su imaginacion todos los tormentos que los hombres le preparaban; todos los oprobios con que habian de hartarle dentro de pocas horas; todos los instrumentos de su pasion, azotes, espinas, cruz, ignominias, dolores, sufrimientos, la muer-

te, en fin, en una cruz. Y á la vista de todos estos tormentos instituye Jesucristo el sacramento de la Eucaristia; es decir, el milagro mas incomprendible de su omnipotencia, de su bondad y de su amor. ¿Puede concebir el entendimiento humano este prodigio? pero ¿y no seria otro aun mas incomprendible, si el corazon del hombre por quien se ha obrado este prodigio, negase á Jesucristo su reconocimiento y su amor? Pero ¿podria suceder que el Salvador ignorase el poco reconocimiento con que los hombres corresponderian á un beneficio tan insigne? De ningun modo. Todo le era conocido: entonces mismo estaban presentes á su espíritu todos los desprecios, todos los sacrilegios, todas las irreverencias, todas las profanaciones horribles, que se cometerian contra su sagrado cuerpo. Tenia delante de sus ojos los horribles escesos á que se arrojaría contra este divino Sacramento la malignidad diabólica de los herejes; todas las comuniones indignas de tantos malos cristianos; todas las sacrilegas irreverencias que se cometerian en nuestras iglesias. A pesar de esta multitud espantosa de ultrajes, de impiedad, de irreligion, Jesucristo instituye este misterio de amor que debia ser la memoria continua de su pasion, y que por la malicia de los hombres debia renovar, por decirlo así, todas las ignominias de ella. ¿Comprendemos bien el esceso del amor infinito que el Salvador nos testimonia en la Eucaristia? Pero ¿podemos tampoco comprender el esceso de nuestra ingratitud hácia este amable Salvador? Jesucristo no tiene necesidad de los hombres, y sin embargo es tanto lo que los ama, que le parece nada el quedarse encerrado por ellos en una hostia hasta el fin de los siglos: tanto aprecia el placer que tiene de estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasarse sin Jesucristo, y sin embargo le aman tan poco, que tienen por nada esta maravilla; tan poco caso hacen de la dicha que tienen de tener continuamente á Jesucristo en su compañía. Jesucristo habita corporalmente con nosotros, ¿y nosotros no nos apresuramos á hacerle la corte, á indemnizarle en alguna manera con nuestras adoraciones, con nuestro respeto, con nuestra devocion, de todas las ignominias que ha sufrido durante su pasion, y desde la institucion de este adorable misterio?

He aquí, Señor, lo que de hoy en adelante será el motivo de mi confusion, de mi sentimiento y de mis lágrimas; y yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar con mi amor y con mi culto mis irreverencias pasadas y mi olvido.

JACULATORIAS. — Yo os tengo realmente presente en la Eucaristia, ¡ó Dios de mi corazon! Nada tengo ya que desear ni en el cielo ni en la tierra. (Ps. 72.)

Vos habeis cuidado de prepararme un alimento contra todos los esfuerzos de mis enemigos. (Ps. 32.)

PROPOSITOS.

1 Puede decirse que la Iglesia no nos propone hoy otra cosa que el amor extraordinario que Jesucristo nos testimonia en la Eucaristia, y las ignominias que ha sufrido desde la institucion maravillosa de este adorable sacramento; ya de parte de los judios en todo el curso de su pasion que comenzó inmediatamente despues; ya de parte de los malos cristianos por sus irreverencias y sus comuniones sacrilegas. La solemnidad y la celebridad pomposa de la festividad de este gran misterio está reservada á otro tiempo. Entrad, pues, en el espíritu de la Iglesia, no omitiendo nada para reconocer este amor, y para reparar, cuanto os sea posible, con vuestra devocion todos estos sacrilegios y todas estas profanaciones. Comulgad hoy con nuevo fervor en accion de gracias por la institucion de este adorable misterio, y por la concecion de un beneficio tan insigne.

2 La visita de las iglesias, además de este primer motivo, debe dirigirse á reparar tantas indignidades y tantas irreverencias cometidas. Propiamente estas visitas son una pública satisfaccion que damos á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Evitad un defecto que es muy comun en un acto de religion tan importante; guardaos bien de hacer estas visitas con un espíritu disipado y del todo mundano, que nada tiene de religioso mas que la costumbre. Visitad las iglesias en silencio; sea vuestra modestia una prueba de vuestra piedad, y vuestra devocion la de vuestra fe. Entrad en las iglesias con los ojos bajos, como un vasallo que habiendo faltado al respeto á su príncipe, va á pedirle perdon, y reparar su falta con su humillacion y su respeto. Deteneos algun tiempo en cada iglesia considerando lo que Jesucristo ha padecido durante su pasion, y lo que padece todavía de parte de los herejes y de los malos cristianos en la Eucaristia. Pensad cuantas irreverencias, profanaciones y sacrilegios se han cometido en la iglesia en donde os hallais: esta misma consideracion debe obligaros á permanecer mas tiempo en aquella iglesia en que vosotros mismos habeis faltado mas veces al respeto, y en vuestra parroquia. Acompañad estas reflexiones con un verdadero sentimiento y un arrepentimiento vivo; ¡con cuanta razon podria regarse con lágrimas el pavimento de las iglesias! En el camino empleaos en meditar los ultrajes que sufrió el Salvador, cuando fué llevado por las calles de Jerusalem en medio de la griteria del

pueblo Despues de haber visitado todas las iglesias que pudiereis, pasad cuanto mas os sea posible de la noche en la iglesia en donde debeis ser enterrados, y allí dilatad vuestro corazon en la presencia de Jesucristo, detestando vuestras indevociones y todas vuestras irreverencias en el lugar santo. Dispensa Dios en este dia grandes favores á todos los que desempeñan con fidelidad y con fervor todas estas prácticas de piedad tan interesantes.

VIERNES SANTO.

El Viernes santo, llamado tambien por escelerencia el gran Viernes á causa del gran misterio de nuestra redencion consumado en este dia y cuya memoria celebra hoy la Iglesia, se ha mirado en todos tiempos como el mas santo, el mas augusto y el mas venerable de todos los dias, y el que los cristianos han celebrado siempre con mas religiosidad y con una devocion mas sensible. Este es el gran dia de las misericordias del Señor, puesto que es el dia en que este divino Salvador quiso, por un exceso de amor incomprendible á todo entendimiento criado, sufrir los mas crueles suplicios, y espirar ignominiosamente en la cruz, á fin, dice el texto sagrado, de que fuésemos curados por sus llagas, lavados con su sangre, justificados por el decreto de su misma condenacion, y que hallásemos en su muerte el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las espiaciones, en el cual ha espiado Jesucristo con su sangre todos los pecados de los hombres. Todo el que no fuere afligido en este dia de espiacion, decia el Señor, perecerá en medio de su pueblo. Quería Dios que en el dia solemne destinado para las espiaciones de su pueblo, se entregasen todos á los sentimientos de dolor, y si habia alguna alma tan endurecida que no entrase en la afliccion comun, ordenaba que fuese esterminada, y que no se la contase mas entre su pueblo. Este es el gran dia de las espiaciones: ¿no es este el dia en que Dios tiene derecho para decir, todo el que no fuere afligido en este dia perecerá? y mientras que el amor de un Dios le hace tan sensible á nuestros intereses ¿qué sería si nosotros nos hiciésemos insensibles á sus tormentos? Semejante insensibilidad ¿no constituiria un carácter de reprobacion?

No hay dia alguno en el año mas respetable, ninguno, por decirlo así, mas cristiano, ni mas distinguido que el Viernes santo. Su celebridad ha nacido con la Iglesia. Todos convienen en que los apóstoles instituyeron las fiestas de aquellos misterios

que se habian verificado á su vista; ¿quién pues no ve, dice san Agustín, que la fiesta del Viernes santo ha precedido á todas las demás? Se puede decir que la Iglesia ha consagrado, en cierto modo, todos los viernes del año, para que sean como una octava perpetua de la fiesta y del misterio del Viernes santo; á la manera que todos los domingos son la octava del misterio de la Resurreccion y del santo dia de Pascua; y conducidos de este espíritu los príncipes cristianos prohibieron el ejercicio del foro y los juicios el Viernes santo, por respeto á la pasion del Salvador, y aun quisieron que esta observancia se comunicase del Viernes santo á todos los viernes del año.

Este dia constituye una doble época; esto es, el fin de la antigua alianza, y el principio de la nueva. La muerte de Jesucristo ha sido el nacimiento de la Iglesia, y la sepultura, por decirlo así, de la Sinagoga; y su sangre, como un diluvio de bendiciones celestiales, ha renovado toda la tierra, suscitando un nuevo pueblo de Dios, y reprobando el antiguo. Llámase este dia *Parásceve*, palabra griega que significa preparacion, en razon de que en este dia preparaban los judíos todo lo necesario para celebrar el sábado. Entre los griegos, se llamaba el Viernes santo la Pascua *Staurossima*, esto es, de Jesus crucificado, y el domingo siguiente Pascua *Anastassima*, es decir, de Jesus resucitado. La festividad de este dia ha sido siempre como una solemnidad de llanto, de luto y de penitencia en la Iglesia, y en medio de la mitigacion, por no decir relajacion, que con el trascurso del tiempo se ha introducido en el ayuno de Cuaresma, puede decirse que en nada se ha alterado el rigor del ayuno del Viernes santo: propiamente hablando, este es el único dia en que se observa, especialmente en las casas religiosas, y aun en algunas casas de seglares, la *xerophagia*, esto es, el ayuno reducido á viandas secas, ó á las raices, y muchos tambien ayunan á pan y agua.

Desde el tiempo de los apóstoles no hay misa en este dia. El gran luto de la Iglesia, y la muerte del Salvador, son la causa de que no se ofrezca el divino sacrificio. Antes que se adelantase el oficio de la noche de Pascua al sábado, tampoco habia misa en este dia: *En estos dos dias*, dice el papa Inocencio I, *no se celebran Sacramentos*. El cuarto concilio de Toledo celebrado en el año de 633, dice que el Viernes santo se cerrában en España todas las puertas de las iglesias para indicar la profunda tristeza y la afliccion en que estaba sumergida la Iglesia; sin embargo manda que se celebre el oficio, y se predique en él la pasion. Antiguamente el clero y el pueblo comulgaban el Viernes santo, cuyo